

## CAPÍTULO CUARTO:

### LA RESPUESTA DE DIOS

#### 1. *¿Quién es el hombre?*

Tenemos un montón de preguntas sobre nosotros, que a menudo nos inquietan. Las respuestas que vamos encontrando al poco tiempo resultan insuficientes. Nos cuestionamos una y otra vez ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?, ¿quiénes somos? Necesitamos respuestas, los que no nos acomodamos bien con lo que tenemos a nuestro alcance. Buscamos en la historia del pensamiento humano, en nuestra cultura, en la Ciencia, en Dios, en las religiones, etc., sin que se haya llegado, al menos por ahora, a conclusiones definitivas. Lo que sí está claro es que las respuestas comunes que se daban hasta ayer mismo, hoy no nos sirven. Ciertas respuestas han resultado ser falsas, pero no por ello hemos encontrado las soluciones. Las cuestiones siguen abiertas, de modo que cada uno si quiere, las responde con lo que cree que se ajusta más a sus expectativas y esperanzas, teniendo en cuenta lo que hoy se conoce con cierto grado de veracidad, evitando así propuestas de solución erróneas o irracionales.

Sobre el origen del hombre, sabemos que nuestros ancestros son un grupo de primates, y que probablemente uno de ellos, (*Adán*), sufrió una mutación sin duda de gran importancia. Esa mutación se propagó con rapidez en sus descendientes y tal vez se produjo junto a ella una serie de mutaciones en cadena, que los llevó a diferenciarse como un género nuevo "*Homo*" distinto a los "*Australopithecus*" de los que provenían. Luego durante algunos cientos de miles de años convivieron diversas especies de hombres, de las cuales sólo ha sobrevivido una: el "*Homo sapiens sapiens*". La alta capacidad simbólica y semántica, fruto de las variaciones genéticas producidas por la evolución biológica, le permitieron conceptualizar, racionalizar, emitir juicios de valor, etc., a la vez que desarrollar una sofisticada técnica de comunicación, el lenguaje humano, que dio lugar a la posibilidad de transmitir una cultura compleja y en crecimiento constante, lo más característico de nuestra especie. No es que el resto de animales sobre todo mamíferos carezcan de formas culturales, las tienen; pero el grado de complejidad de la cultura humana no tiene parangón con la de ninguna otra especie que haya existido en la Tierra.

Nuestra especie humana no tiene mayor ni menor valor, que otra especie cualquiera que haya alcanzado a sobrevivir en el día de hoy junto con nosotros, pues ambos podemos referirnos a unos antepasados comunes más o menos próximos, que en conjunto nos llevan a una historia compartida de 3.500 millones de años. Así como no existen diferencias fundamentales entre el hombre y el resto de seres vivos, tampoco las hay entre los procesos bioquímicos y fisiológicos que suceden en los seres vivos y en otros sistemas fisicoquímicos. Consisten sólo en un tipo de ellos, aquellos que se relacionan con la química del carbono y unos grupos especiales de sustancias, los hidratos de carbono, los lípidos, las proteínas y los ácidos nucleicos y su intrincada bioquímica.

La especie humana es una recién llegada al complicado árbol de la vida. En sentido ecológico estamos incluidos dentro de los ciclos de materia y energía, que compartimos con todos los seres vivos de nuestro tiempo y del entorno donde desarrollamos nuestras peculiares actividades. Nuestro valor en la Biosfera será siempre un valor relativo, siempre referido a nosotros mismos, aquel que nosotros queramos darle. Si miramos la Biosfera y la Tierra desde puntos aún más lejanos, la parcela de nuestro valor se reduce a la insignificancia ¡No valemos nada ante la grandeza del Universo!

## 2. Orígenes de la religión en la especie humana.

La Biblia relata la creación por Dios del primer hombre. Se puede hacer una lectura de la creación del hombre, sin contradecir las tesis evolucionistas que la Ciencia propone. Basta considerar que justo en el mismo punto de su origen y por una actuación directa de Dios, transforma a un ser vivo, (un *Australopithecus*), en el hombre Adán, un primate cuyo valor anterior no es más que el barro, del cual el mito cuenta que lo modeló. Con esto no se quiere indicar que los seres vivos anteriores al hombre no tengan importancia, la tienen pues por su evolución le dieron la vida, lo que se explica es que el hombre tiene una valoración diferente.

Algunos hacen del Génesis una lectura sesgada, diciendo que la religión proviene directamente de Dios al ser dada por este al hombre desde su origen. Pretenden que la religión pertenece a la naturaleza humana desde el principio, y que en consecuencia tiene que durar hasta el final de la historia del hombre, puesto que va unida a él de modo indisoluble. Pienso que lo que explica el Génesis no es ni la naturaleza humana, ni el origen divino de la religión, sino el proceder de Dios, y por esta causa lo presenta no sólo actuando en el origen del hombre, sino desde el principio de la creación. Este pensamiento teológico, de que Dios toma la iniciativa de todo cuanto acontece, tanto en la Naturaleza como en el ser humano, es una constante en toda la Biblia, y por tanto también, en las tres religiones bíblicas: judaísmo, cristianismo e islamismo.

Si buscamos el momento de la irrupción de Dios en la historia del hombre, nos encontramos con la imposibilidad de determinar una fecha concreta, pues no existe un hecho clave que marque su inicio. Algunos creen que comienza con el Neolítico, cuando nuestros antepasados pasaron de una cultura recolectora cazadora a otra agrícola. La gran mayoría de los ritos culturales y relatos mitológicos, tienen su origen en las prácticas de los cultivos agrícolas. Piénsese en la fertilidad, la renovación, la recolección, la muerte invernal y la resurrección de la primavera. Sin embargo, hay pruebas de comportamientos religiosos, en los registros del Paleolítico antiguo, en la Prehistoria más temprana.

No se puede afirmar que la religión acompañó desde su inicio la historia del hombre, precisamente porque es imposible determinar el punto exacto del despegue humano. Probablemente se tardó muchos siglos de historia, desde los primeros balbuceos del lenguaje hasta la formación de conceptos complejos, en los que se incluye lo religioso. Pienso que la religión apareció en la historia por un lento proceso de maduración de ciertos elementos ancestrales, aunque en ningún caso estos pudieron darse desde el origen de la especie, por no ser esenciales para su supervivencia. Sin embargo, la creencia en el más allá de la muerte y la presencia de espíritus en los objetos y fenómenos del entorno, fue sin duda un medio eficaz para disipar el miedo y el terror producido por el despertar de la conciencia en un medio natural amenazante. De este modo, la adquisición paulatina de la conciencia no se volvió contra el hombre aterrizándolo, sino que colaboró en su éxito como especie. Pienso que, sin esas creencias, la conciencia del hombre lo habría extinguido, presa del pánico.

Tal vez por ello, desde los tiempos más antiguos, la gran mayoría de grupos humanos, muestran una

constante necesidad de expresar su relación con fuerzas espirituales ocultas y misteriosas, pues gracias a ellas tratan de controlar el medio amenazador que les rodea. Esta expresión surge en la historia del hombre de forma clara, con los enterramientos y el culto a los antepasados. La aparición de un hecho cultural como los enterramientos, en la lejana prehistoria humana, supone la primera manifestación de un comportamiento religioso, puesto que junto a los restos humanos hay signos de un ritual incipiente. Es razonable pensar, que el enterramiento responde a un intento de superar el hecho trágico de la muerte, proyectándolo más allá de sí misma, en un mundo oculto y misterioso, pero que resulta más razonable y menos terrorífico, que el desastre final, total y definitivo.

### *3. La revelación.*

La racionalización de la muerte por su proyección en el más allá misterioso, puede en efecto ser tomada como un intento vano y mentiroso de superarla, pero también podría deberse a una revelación religiosa.

Por el contrario, se puede pensar que no hay tal revelación, sino que el dato de culto a los antepasados es simplemente un acto cultural, que puede ser explicado por un conjunto variado de hipótesis antropológicas y sociales. Hay muchas posibles, pero es frecuente explicarla diciendo que el culto comenzó por dar honores a un jefe de tribu o clan, suficientemente poderoso y benefactor, muerto y llorado por su sucesor, o por la necesidad de compensar la culpabilidad de una usurpación del poder. En otra propuesta más cerca de la antropología se dice que el rito de enterramiento comenzó probablemente en un grupo humano, que se quedaba largo tiempo contemplando y acompañando el cadáver con evidentes muestras de empatía, tal como muestran ciertas especies actuales, por ejemplo, los elefantes. Es probable que alguno realizara un gesto simbólico, como recubrirlo con tierra o piedras, etc., que los demás imitaron pasando a la cultura propia de ese grupo. Luego se ritualizó en forma de culto primigenio que adquirió pronto formas variadas, pasando de un grupo a otros grupos relacionados culturalmente, extendiéndose a la gran mayoría de la especie humana de modo imparables hasta nuestros días.

A pesar de estas y otras explicaciones razonables, lo que quiero destacar es que el hombre en un momento clave para la cultura humana, se “**da cuenta**” de su trágico final, lo relaciona con fuerzas ocultas y poderosas que proyecta a un nivel superior sobrenatural, y que más tarde las coloca en relación con Dios (o dioses). Este darse cuenta, esta toma de conciencia, es en definitiva una **revelación**. Es decir, Dios revela a la conciencia del hombre su existencia. Porque, en el marco religioso, encaja perfectamente como la respuesta de Dios al problema más serio y definitivo del hombre: la conciencia de muerte.

Siempre nos encontraremos con que un mismo hecho, puede ser interpretado desde una perspectiva que podemos llamar simple, común, o bien como una revelación. Esta no es sino un caer en la cuenta, un descubrimiento, una intuición. Sin embargo, este concepto está cargado de un sentido que no comparto. No se trata de una iluminación en sentido espiritualista, como venida del más allá, sino algo mucho más vulgar, la acomodación de un hecho, suceso o situación, en un marco razonable. Si el marco de referencia implica a lo religioso o a Dios, entonces se puede hablar de revelación. La revelación trata de encajar en Dios todas las cosas, la historia, el comportamiento humano, la verdad, el conocimiento y también lo desconocido, los sucesos maravillosos e incluso milagrosos y por supuesto la muerte.

### *4. ¿Cómo encajar el hecho de la muerte?*

La muerte es una cuestión impresa en el concepto de evolución. Ningún ente cualquiera que sea, permanece idéntico a sí mismo de forma indefinida. Cada cosa en el presente procede de otras anteriores que se han juntado, y se disgregarán más tarde dando lugar a otras cosas distintas. Cada

una desaparece transformada en otra u otras diferentes. Nada hay que perdure indefinidamente, pues no tardan demasiado tiempo en dispersarse. Hoy diríamos que las cosas tienden a su estado de menor energía. Los seres vivos mueren, porque están sujetos a ese proceso de disgregación, de aumento de entropía, errores y fallos en el sistema que con el tiempo se acumulan y no consiguen reparar.

Además de que la entropía sea ineludible, la muerte de los individuos es necesaria a favor de la especie. Sin la muerte la vida no podría existir, ni tan siquiera en formas tan simples como las bacterias, pues los primeros sistemas complejos autorreplicantes prebióticos, habrían formado una “costra orgánica” y ahí acabaría todo. La muerte permite que unas generaciones sucedan a otras y que las modificaciones o mutaciones al azar de los genes producida en cada división celular, hace que la vida se renueve y se diversifique. La genética permite la evolución de las especies, entre ellas la aparición del hombre. Gracias a la muerte hay vida y la hay en abundancia, diversa y maravillosa.

El hombre supo en un momento de la historia que iba a morir y esto supone la conciencia de una condena a muerte, que nos distingue netamente del resto de los seres vivos. Para el hombre la muerte, siempre ha sido uno de sus más importantes conflictos. Cuando se presenta en los años en que el cansancio y el deterioro físico son tan grandes que lo dominan todo, hundido en la enfermedad, el sufrimiento y la imposibilidad de valerse por sí mismo, sin vida activa independiente, qué duda cabe que la muerte es una liberación y un descanso. La medicina lucha por todos los medios a su alcance para que los cuadros clínicos terminales, y la aparición de enfermedades con el envejecimiento, el deterioro de funciones y capacidades que con él se asocian, sean controladas y aparezcan lo más corto en el tiempo y más alejados en edad posibles. A lo mejor en un futuro, a largo plazo, entenderemos las causas del envejecimiento y se logrará retrasar su aparición durante muchos años. De esta forma quizás será posible vivir, como lo describía el Génesis, varios cientos de años, la vida de aquellos venerables patriarcas.

Pero sin duda no es lo mismo la muerte deseada de una vida acabada y agotada, que la muerte que nos roba la vida en plena actividad. La muerte puede presentarse por accidente o por enfermedad grave a destiempo. Es la muerte más dolorosa e inexplicable para los que quedan, amigos, familiares, compañeros. Impotencia y desolación de una vida truncada. La muerte tiene una cara dura, enemiga, porque sabemos que se puede presentar sin avisar, de improviso, echando por tierra todos nuestros proyectos, todas nuestras seguridades. La vida es sin duda frágil y expuesta, y es esta condición la que nos desespera. Todos firmaríamos hoy un contrato con la muerte, para que se presente en forma amigable para cada uno de nosotros y de todos los que queremos. Lo más desesperante tal vez sea que tras la muerte de un ser querido, la vida continua su curso impasible, sin que pase nada. Pensamos que todo debería detenerse, acabarse, pero todo sigue igual, nada sucede. La muerte es caprichosa y toca a quien quiere y cuando quiere, sin tener en cuenta todo aquello que le quedaba por vivir. ¿Cómo racionalizar o asumir una muerte absurda?

Es común ver a muchos hombres en un entorno próximo a la vejez, que no pueden sostenerse a sí mismos con entereza, sin la esperanza de un más allá, sea cual sea. En la juventud la vida se contempla como si fuese inagotable, con muchos años por delante, pero cuando el tiempo apremia, es difícil no caer en la melancolía, en el abismo de miedo y temor al mirar la condición humana. Para estos la solución que encuentran consiste en no pensar en ello, pues o bien taponan su conciencia y la cierran a cal y canto con todo lo que puedan o bien se hunden en la desesperación, o incluso en la locura. Para no pensar dicen que la vida consiste en un juego, en estar entretenido y ocupado en lo que sea, para alejar cuanto puedan la conciencia de muerte.

Cada vez hoy son más numerosos los que consideran que la conciencia de muerte es el precio a pagar por las poderosas funciones mentales que hereda el hombre, como resultado de la evolución, historia y cultura. Además, piensan que, si aceptamos la vida, tenemos que asumir la muerte porque

son inseparables. Razonablemente la muerte no nos debe importunar demasiado pues lo cierto es que mientras estamos vivos, vivimos y cuando morimos ya no somos conscientes. Otra cosa es pensar en el sufrimiento físico que comúnmente la acompaña, y nunca sabremos si tendremos en esos momentos la suficiente tranquilidad y entereza para afrontarla. La vida tiene compensaciones y con salud mental, tenemos mecanismos para defendernos de la conciencia de muerte con serenidad, para disfrutar de la vida como nos apetezca. Pero también de cuando en cuando, la conciencia de muerte surge produciendo cierta inquietud molesta, y si persiste puede hacer que sintamos cierta tensión de angustia y temor ante lo desconocido. A veces deseáramos que la vida no acabase, que no haya muerte y si la hay, pues al menos que se prolongue en un más allá, aunque sea desconocido.

Lo cierto es que la vida puede comprenderse y querer ser vivida exclusivamente los años que nos corresponda, sin ninguna otra proyección ulterior tras la muerte. La vida de aquí y ahora tiene su propio significado y sentido. A muchos prolongar la vida cientos o miles de años más de lo mismo, les parece una broma de mal gusto, nada atrayente. Incluso añaden que, si la vida tuviera continuidad en el más allá eterno, se perdería el gusto por las cosas y momentos de la vida efímeros, pero de gran intensidad e importancia. Creo, sin embargo, que lo que tiene importancia no depende de su caducidad, sino del valor que le damos.

La vida tras la muerte no disminuye en nada el sentido común de esta, sino al contrario lo refuerza. No sólo añade sentido al sentido de la vida, sino que potencia su valor abriéndola a la esperanza. Transforma su caducidad en permanencia, lo cual acentúa la importancia y valor de lo que hacemos. Construimos nuestra identidad y biografía con demasiado esfuerzo para que al final acabe en nada. Un gasto de energía inútil que la vida o la Naturaleza desperdiciaría si esto fuese así. La vida más allá de la muerte va asociada desde los tiempos más remotos de la humanidad a las creencias religiosas. Desde siempre la religión ha buscado respuestas a la conciencia de muerte. Pienso que es posible recuperar el sentido y significado de la muerte volviendo la mirada hacia lo religioso, y así colaborar de este modo a asumirla con serenidad.

##### *5. La respuesta de Dios al problema de la muerte.*

La respuesta de Dios tomado como impersonal, el “Espíritu de lo Absoluto” que hace que las cosas sean tal y como son, y lo que va sucediendo ocurra, es decir, se haga presente, conduce por coherencia a la aceptación estoica de la muerte. Una serena aceptación, que da cuenta de una posición racional y tal vez elogiosa, pues supone un estado emocional equilibrado. A mí personalmente la actitud estoica de aceptación de la fatalidad, del sufrimiento del devenir, no me atraen en absoluto, ni tampoco me convencen satisfactoriamente. De modo que mi propósito es seguir buscando.

Al buscar este tema en la Biblia es sorprendente que no se plantee sino hasta prácticamente al final del Antiguo Testamento. Habrá que deducir, por tanto, que, en la historia del pueblo de Israel, el hombre asume su condición de mortal, sin repuesta alguna por parte de Dios. Este sólo se ocupa de recompensarlo con prosperidad y abundancia en esta vida por el bien realizado y sobre todo de castigarlo por sus continuas infidelidades. Es de la dependencia del hombre que vive ante Dios, el tema que trata casi la totalidad del A.T. Pero en el Nuevo Testamento el tema es central, porque está escrito desde la perspectiva de la muerte y resurrección de Cristo, que permite una nueva interpretación del A.T., desde este punto de vista.

En el Génesis se dice que la muerte entró en el mundo por el pecado del hombre. El hombre nada tiene que ver en ello y el pecado tampoco. La muerte es la fuente de la diversidad de la vida pues permite la evolución, y sucedió por vez primera, miles de millones de años antes de que el primer homínido dejara su huella en el suelo. Lo que si entra por el pecado es la conciencia traumática de la muerte. En ese libro, se nos describe un estado anterior a la conciencia de muerte, en el cual Adán

sólo parece ser consciente de su total confianza y dependencia de Dios. Adán se sabe creado por Dios, en dependencia directa con Él, y esto se refleja en el trato directo de Adán con Dios, que relata el Génesis. La desobediencia del hombre por vía del pecado, suprime esa confianza, por lo que hace aparecer el conocimiento irrevocable de la muerte, como traumática. Sin embargo, la conciencia de muerte de cada uno está ligada desde el principio a **su destino eterno**, siguiendo la perspectiva del N.T. Al crear a Adán, Dios le “sopla en sus narices” la vida eterna, es decir, el conocimiento de muerte de su cuerpo biológico acompañado de su destino eterno.

Por el pecado del hombre cuenta el Génesis, Dios lo castiga y le dice: “morirás” pues ese es el único destino que puede ver en adelante. Desde entonces ya no lo tenemos tan claro como lo tuvo Adán antes de su situación de pecado. Por tanto, el hombre se encuentra en una situación desgraciada, queda sometido a una condena a muerte, pues ya no se fía de Dios, quedando para siempre oculto para el hombre lo que hay detrás de ella. A pesar de que va a morir, Dios le dice aún, que tendrá que alimentarse y trabajará con empeño para salir adelante, sin saber en realidad para qué, y que además tendrá hijos a pesar de estar condenados a muerte, los parirá con dolor y sufrirá por ellos. Sin duda el hombre está condenado a la muerte, pero es una falsa condena porque unido a la conciencia de muerte está el destino eterno en Dios, pues el plan de Dios continúa a pesar del pecado

¿Estaba previsto en el plan de la creación por el Dios bíblico, que una criatura se diese cuenta de su desastroso destino final? ¿Su proyecto contemplaba la injusticia de “saber” la condena que pesa sobre la vida de cada hombre, de su deterioro irremisible con la vejez y su muerte? ¿Cuál sería la justicia del creador si permitiese el desarrollo de una criatura tan desgraciada? El destino eterno del hombre, es la respuesta de Dios a la conciencia traumática de muerte que padecemos. Se abre entonces todo el futuro, para que lo que hacemos no caiga en el vacío de la nada, sino todo lo contrario, que permanezca para siempre. La eternidad es la respuesta de Dios a la condición humana.

No es la perspectiva de vida eterna lo que sostiene la fe en Dios, sino al contrario es la fe en Dios lo que garantiza la apertura de la vida del hombre a la eternidad. Es respuesta de Dios a la necesidad humana, pero sin Dios la eternidad carece de sentido, no hay ninguna respuesta ni solución a la muerte del hombre, enfrentado a la nada que le espera al final de su vida.

Evidentemente para un Dios impersonal carece de sentido hablar de la justicia de Dios, o de un plan previsto. Su función sólo sería dejar fluir la existencia y la vida en su evolución y desarrollo, y si este toma el camino de producir una especie consciente como el hombre, pues a lo sumo su función será protegerlo. Apurando más las cosas trataría de sacar las máximas posibilidades de su supervivencia, como un nuevo proceso de ensayo-error del desarrollo de la vida, y en el caso de su extinción pues tampoco sería nada importante.

## 6. *El sentido de dependencia.*

El marco religioso no surge de la conciencia de muerte y su proyección en la eternidad para dar a la muerte su explicación y sentido, sino que se origina cuando el hombre adquiere conciencia de sí mismo y del entorno que le rodea. En algún grupo humano del Paleolítico antiguo ciertos hombres adquieren conciencia de sí mismos, dándose cuenta de sus limitaciones, de su dependencia del entorno natural y amenazante, que no son capaces de controlar. Tienen que soportar las poderosas fuerzas de la Naturaleza, que cuando se descargan contra ellos lo destruyen todo, trayendo el sufrimiento, la enfermedad, el mal, la muerte incomprensible; pero también reciben como regalo de las fuerzas naturales la salud y la abundancia, el placer y la alegría; no pueden entender su caprichoso comportamiento, ni saben cómo aplacar su furor ni cómo atraer sus bienes.

Conscientes de la brutal dependencia del mundo natural, intentan controlarlo mediante la creencia en fuerzas superiores sobrenaturales, por las que pensaban poder someter la Naturaleza a sus necesidades, haciendo uso de ritos culturales y mágicos, gracias al conocimiento de sus chamanes. Estas ideas o creencias fueron a lo largo de la historia, la base indudable para sostener el marco de referencia religioso. Se dice que la creencia en fuerzas sobrenaturales, dio lugar a concepciones animistas y totémicas como explicación del origen y dependencia de los grupos humanos al entorno. Más tarde fueron adornadas con floridas cosmovisiones mitológicas que fueron conformando la idea de divinidad y su particularización en Dios o dioses. Desde su inicio, estas ideas llevaron a separar un ámbito sagrado cargado de misterio, de lo profano o medio donde se desarrolla la vida cotidiana. La dependencia del hombre a Dios (o dioses), se fundó siempre en una cosmovisión mitológica, que daba un sentido claro a la vida de forma razonable, el supuesto poder mágico sobre el entorno, la identidad personal como parte de una religión o pueblo, y un fundamento como guía del comportamiento ético de sus sociedades.

La Ilustración y el Modernismo de s.XIX d.C., supuso un serio golpe para los presupuestos religiosos, porque los atacó en su centro. La Naturaleza desde entonces, no contiene fuerzas misteriosas y ocultas de las que el hombre depende, sino que son objetos de estudio por parte de la Ciencia y de control por la Técnica. El hombre no depende de ellas, sino que las puede poner a su servicio. En nuestra cultura actual, no hay ninguna posibilidad razonable de construir una cosmovisión con un sentido mitológico sin tener en cuenta la Ciencia, ni tampoco una ética que derive de mitos.

Es cierto que las religiones monoteístas, habían logrado vaciar el mundo natural de fantasmas, espíritus y duendes, bajo la autoridad de un solo Dios todopoderoso, mucho más eficaz que la multitud de dioses del politeísmo. Fueron los diversos dioses los que controlaban las fuerzas naturales y la suerte del hombre, pues se consideraron suficientemente poderosos para dominar los espíritus y demonios del entorno humano. Pero dada su multitud les sería muy difícil contentarlos a todos. Tal vez por ello la idea de un Dios único se impuso como una liberación y también por su mayor racionalidad de culto que el pagano. Así que de la antigua dependencia del hombre a la Naturaleza y sus secretas fuerzas, se pasó a la dependencia absoluta de un Dios, incomparablemente más poderoso. De este modo la Naturaleza quedó rebajada en su misterio, que se había trasladado a un único Dios, y por tanto libre para ser tomada como objeto de investigación, independiente de Dios y de la magia.

Sin embargo, si se ha suprimido la dependencia del hombre con las fuerzas misteriosas de la Naturaleza ¿también desaparece la dependencia respecto a un Dios-Único, Todopoderoso? Para muchos el sentido de dependencia ha desaparecido, piensan que el hombre ha llegado por fin, a través de la historia, a su madurez. Ya no depende de poderes ocultos, de fuerzas misteriosas de la Naturaleza, ni de ángeles, ni demonios, ni tampoco de Dios. El hombre es entonces, el único dueño de su vida, de su historia y su destino. Crean que Dios y toda religión ya han concluido, son tan solo un resto del pasado histórico.

Entre las tesis del materialismo-cientista se suele afirmar que, mediante el esfuerzo del hombre, se avanzará en el conocimiento del entorno natural y humano y, en consecuencia, por el desarrollo y renovación de las estructuras socioeconómicas de la sociedad, se conseguirá en el futuro controlarlo todo, eliminando así la impotencia y el sentido de dependencia humano. En este supuesto no se necesita a Dios para nada, sino que al contrario lo dificulta, porque traslada el objetivo de la humanidad de desarrollarse y avanzar en el control de su entorno, a fuerzas sobrenaturales, misteriosas, incluido el poder de Dios. De este modo se pretende eliminar el sentido de dependencia como una coyuntura temporal, fruto del desconocimiento del pasado, por lo que en el futuro próximo será definitivamente superado.

Pero si somos objetivos ese futuro del hombre se ve lleno de oscuridades, de barreras y negruras, para que se pueda asegurar científicamente que puedan ser superadas. Para creer esto hace falta fe, fe en el hombre, en el progreso ininterrumpido de la humanidad. Muchos niegan el progreso humano en la historia, diciendo que el hombre antiguo no es ni mejor ni peor que ahora, y otros piensan que ha errado su camino pues lo lleva directo a su autodestrucción. Por el contrario, yo tiendo a creer en un futuro espléndido para el hombre, pero no solamente con su esfuerzo, sino con la ayuda de Dios, si Dios lo quiere.

### *7. El sentido de dependencia a nivel personal.*

En el terreno personal, nadie es capaz de controlar todos los parámetros de su vida y mucho menos su futuro. La falta del sentido de dependencia que se da hoy con cierta frecuencia, es un espejismo, una ilusión y en definitiva una creencia. Todos estamos sujetos a un componente de azar, suerte o fortuna de la que no podemos escapar, ni controlar, por mucho que nos esforcemos en ver las cosas desde el punto de vista científico, pragmático u objetivamente. De eso que escapa a nuestro margen de maniobra, radica el sentido de dependencia, que no es posible eludir. Desde antiguo el hombre no se contentó con eludir u olvidar su sentido de dependencia, como parece ser que hacen muchos ahora, sino que les dieron forma y consistencia, elaborando complejas y poéticas mitologías en un marco religioso. Sin duda son construcciones humanas, pero también detrás de ellas, hay una búsqueda de comprensión del hombre, de sí mismo, en dependencia con algo superior, en donde situamos a Dios.

No obstante, el sentido de dependencia no es una prueba de la existencia de Dios, sino que es un hecho real, que no lo controlamos todo, al menos por ahora. Somos dependientes, pero esto evidentemente no demuestra que dependamos de Dios, o que exista necesariamente, sino que los que tenemos una fe religiosa relacionamos el sentido de dependencia con nuestra fe en Dios.

Dios para mí, entendido como **Fuerza y Sabiduría** creadora y sostenedora del Mundo-Universo y del hombre, guarda una estrecha relación con el sentido de dependencia, formando un todo único y armónico. Si existe esa Fuerza que hace el mundo ¿por qué no puede ser también el origen de mi suerte en la vida, de mi futuro, la razón de mi dependencia? Dios hace que las cosas sean, que lo que sucede se haga y en consecuencia lo que a mí me sucede depende de Dios. Me gusta imaginar la “mano de Dios” como un filtro que escoge el presente, de las muchas posibilidades que el futuro ofrece. Algunas posibilidades son más probables que otras y suceden casi automáticamente siguiendo las leyes naturales, otras no tanto y unas pocas son prácticamente imposibles, pero suceden. El pasado deja la línea concreta e inalterable de la historia, definida por la mano de Dios, pero el futuro indeterminado queda por delante, cargado de múltiples caminos y posibilidades, cuya elección sólo depende de lo que Dios quiera. El dicho de que el hombre propone y Dios dispone, haciendo que las cosas sean, tiene para mí valor y sentido.

### *8. El sentido de trascendencia.*

Del sentido de dependencia deriva que la vida deje de parecernos superficial e insignificante, lo cual implica una cierta **trascendencia**. El hundimiento de toda forma religiosa en nuestras sociedades desarrolladas, no se debe principalmente a la sustitución de una creencia por otra, a un cambio en la jerarquía de valores, a una nueva percepción de la justicia, la libertad, el bien, etc., sino que se debe a su desaparición, su deconstrucción, a la increencia, es decir, a una crisis tal vez irreparable de la trascendencia. Ya no se trata de argumentar propuestas con verdad o razón, ya sea de una creencia religiosa o de una tesis atea o de una ideología, en apoyo a sus fundamentos, ni siquiera el escepticismo agnóstico encuentran adeptos que lo defiendan, por el contrario, se trata de cargarse cualquier razonamiento, cualquier valor o trascendencia, simplemente por su abandono indiferente.



Se vive en la horizontalidad natural de la vida cotidiana, sin ninguna proyección de sentido, de fundamento. Nada de razones que justifiquen por qué y para qué se vive. Lo único que importa es sobrevivir y dejarse guiar en lo personal por lo que nos gusta, por aquello que nos motiva como las emociones, los impulsos, las pasiones, los sentimientos. En lo colectivo se suele pensar que las razones que sostienen las sociedades, los modos de vida y comportamientos en lo público, son sólo circunstanciales, resultado de la confrontación de intereses, de la convivencia y el consenso. Nada de trascendencia, se vive en un entorno de indiferencia hacia cualquier valor, en la superficialidad de lo cotidiano. No estoy juzgando aquí si esto es bueno o malo, sólo señalo lo que tenemos, pero es cierto que en este medio es difícil que pueda agarrar cualquier religión, ni ninguna ideología o creencia, pero tampoco la esperanza.

Pienso que la indiferencia ha arraigado porque se ha anulado la capacidad de decidir en cuestiones de sentido o fundamento, de valores y creencia. Las preguntas sobre el origen del mundo, del Universo, de lo real, de la vida, del hombre, son tan complejas que han quedado reservadas a especialistas. Ya no es posible abordar estos temas desde el sentido común o con argumentos razonables. Tampoco hay posibilidad de opinar con un mínimo de verosimilitud, sobre problemas antropológicos o de ámbito social, político o económico de nuestras sociedades, porque también son asuntos complejos que requieren especialización y profesionalidad para poder hacerlo. Tampoco los especialistas están capacitados para proponer respuestas definitivas a cuestiones existenciales, dada la imposibilidad de abarcarlo todo. Saben mucho en su campo de conocimiento, pero ignoran todo lo demás. Cuando emiten juicios fuera de su campo, no son mejores que otro cualquiera. Aunque existe el esfuerzo de divulgación de los conocimientos especializados, no son suficientes y por tanto si sólo disponemos de estas fuentes, lo que digamos estará plagado de errores. Además, hay que añadir con cierto pesimismo, que las buenas intenciones derivadas de principios excelentes como justicia, libertad, solidaridad, etc., la mayoría de veces resultan ineficaces.

Sin embargo, aunque los principios y valores no den los resultados que esperamos, no pueden ser abandonados, puesto que entonces las condiciones de vida empeorarán y la vida se nos hará más dura y difícil para la gran mayoría. No da lo mismo hacer o pensar una cosa que otra, no es lo mismo colocarse a favor del progreso y desarrollo humano sin exclusiones, que en su contra. Asumir principios y valores humanistas y ecologistas, el empeño y esfuerzo por lograr un mundo mejor para todos, puede llenar de sentido y finalidad la vida.

Pero, aunque trabajar por un mundo mejor sea un objetivo básico, el conseguir que todos los hombres vivan en sociedades del bienestar, confortables y justas, no es el objetivo final del hombre, aunque nos ocupemos de ello casi todo nuestro tiempo. Para mí **no me son suficientes**. La dirección a la que apunta se alimenta de la esperanza de un futuro utópico para todo el colectivo humano, pero por eso mismo, siempre estará en peligro de ser acusado de espejismo, de ilusión vana, pues no hay ninguna seguridad de que todo ello se haga realidad algún día.

Además, suponiendo que alcancemos la utopía del bienestar generalizado, cumpliéndose en cada letra los derechos humanos, teniendo sociedades justas y equilibradas ¿quedaría algo por hacer? ¿Da todo ello respuesta al sentido de la vida? ¿Por qué y para qué vivimos? ¿Se trata solamente de tener una vida confortable? El bienestar, la salud, la riqueza, el poder, son evidentemente medios para hacer algo, ponerlos como fines u objetivos sólo puede tener el significado de disfrutarlos. Mal objetivo pues sin duda son pasajeros, tal como vienen se van. Al final nos quedamos sin salud, sin poder y sin dinero.

Viendo al ser humano, como una especie de éxito biológico, el *Homo sapiens*, que tiene unas poderosas funciones mentales que son resultado de la evolución, historia y cultura, muchos concluyen que el hombre termina su vida como otro ser vivo cualquiera, se descompone y no queda

nada del individuo más allá de la muerte. Sin creer en la otra vida, cerrando toda perspectiva de futuro a los años que quedan de vida, el único objetivo que permanece es sobrevivir en las mejores condiciones posibles, con la responsabilidad puesta quizás en las generaciones inmediatas, asumiendo con entereza y valor la tragedia de la condición humana, efímera, fugaz, insignificante, tal como es, sin más pretensiones, ni vanas ilusiones.

La cuestión de para qué nos sirve tanto esfuerzo si no podemos contar con una meta final alcanzable, no tiene aquí respuesta ni significado, explicado no más allá del flujo natural de la vida. Esto para mí **no es suficiente**. Todo sería simple y sencillo si no tuviésemos conciencia de nuestra existencia, si nos atrevemos a profundizar un poco en ella se revuelve contra nosotros presentándonos la terrible tragedia de la condición humana. Un abismo profundo se abre ante nosotros que nos arrastra hacia él, y que el simple flujo de la vida no puede detener. Por mucho bienestar que el hombre tenga, no consigue atrapar el tiempo que se va, que escapa. Todo aquello que teníamos con lo cual nos sentíamos seguros, felices, que eran para nosotros necesarias e imprescindibles, como nuestra casa, barrio, amigos, incluso familia, al cabo de un tiempo pasan, acaban, terminan, y al final los perdemos para estar en otras cosas. ¿Cuántas cosas hemos dejado atrás con los años? No podemos escapar de nuestras limitaciones, a veces nos hubiese gustado ser superhombres para haber superado las situaciones difíciles en las que fracasamos. Por supuesto tampoco podemos atravesar la frontera de la muerte. Uno puede acomodarse en el interior de las murallas de la vida humana sin asomarse fuera, vivir bien y ser feliz. Pero algunos sentimos la fuerza de atracción imparable del abismo insondable y somos incapaces de desconectar, de resistir a su atractivo.

La mera supervivencia me roba el futuro y la esperanza, pero no sólo a nivel personal sino también para todo el colectivo humano. Yo no me encuentro ni preparado, ni capaz para asumir esta perspectiva. No basta el mero fluir de la vida, no basta la superficialidad del acontecer, ni tampoco me es suficiente sostener principios y valores si sus objetivos terminales no son alcanzables. Necesitamos abrir el futuro a la eternidad, y dotar a los principios y valores de peso, de trascendencia, apoyados en una fe, una fuerte convicción y creencia de que lo que hacemos es importante, incluso por encima del valor de la vida.

#### 9. *Escepticismo/ nihilismo/liberación.*

Más que la plena convicción de una fe religiosa o que el rechazo ateo, es el escepticismo de la duda, lo más razonable. No hay seguridades, ni pruebas ni demostraciones, que afirmen o nieguen la eternidad o trascendencia de la vida, ni tampoco de Dios.

El escéptico riguroso plantea como única postura posible la duda razonable para todo principio. Sus razones existenciales no pasan del gusto y el capricho. Lo único que puede plantear es la sociedad y mundo que *le gusta* para vivir y acomodar sus principios a ese centro de pensamiento. Pero si no aspiramos a dar razones de nuestro pensamiento y acciones, si no podemos ajustar nuestras sociedades y comportamientos a la *fuerza de la razón*, nos veremos sometidos a la *razón de la fuerza*. Centrar el pensamiento en lo que gusta o no, es demasiado pobre, no es de extrañar que la filosofía para los escépticos esté en crisis permanente.

En la duda, puede verse a Dios como improbable, deslizándose entonces la vida y comportamiento hacia el ateísmo, pues se vive **como si Dios no existiese**. Pero también puede darse el escepticismo de signo contrario, es decir ver a Dios como probable y vivir **como si Dios existiese**, dando lugar de hecho a una vida religiosa. Mantener cierto nivel de duda con el pensamiento abierto a la crítica de principios y valores, de esperanzas y creencias, lo encuentro sano y razonable, pues lo contrario significa el fundamentalismo del que se cree en posesión de verdades absolutas indiscutibles, apoyado en el sentimiento y en la cerrazón irracional de una fe ciega.

En el supuesto de Dios improbable y un vivir como si Dios no existiese, a primera vista parece una liberación. De entrada, se elimina el sentido de culpa, pues nadie me va a pedir cuentas de lo que haga o deje de hacer. Si tengo conflictos con alguien, incluso por haberle hecho daño a conciencia, pues basta cortar las relaciones y alejarme lo suficiente para que el problema desaparezca. Hay demasiada gente en el mundo como para preocuparme de romper una relación, ya vendrán otras. Si tengo un poco de sentido común para no saltarme las leyes o soy tan listo como para que no lo descubran, y sé adaptarme lo suficiente a la normal convivencia, pues tengo un amplio margen de libertad para hacer lo que me dé la gana. Nadie me va a decir ni a imponer lo que es bueno o malo, justo o injusto, ya veré por mí mismo lo que me conviene.

Lo cierto es que esta aparente liberación, si profundizamos un poco más allá de la superficialidad de lo cotidiano, la simplona alegría liberadora se ensombrece, pues conduce al destino implacable de la muerte y la nada. El tiempo escapa, pintándolo todo del color de la melancolía y la tristeza. Ciertamente es que el error que conduce a este pesimismo profundo, está en pensar y sentir demasiado. Pero ¿cómo conseguir detener el pensamiento, atajar la emoción, cuando a menudo nos empeñamos en meternos en profundos abismos, casi sin darnos cuenta?

No encuentro ninguna liberación en el nihilismo, cuando se piensa que el destino humano personal y colectivo es la nada. No existe para mí, ningún momento, ninguna situación, ningún instante supremo de placer y radiante felicidad, pasado o por llegar, que compense el destino fatal que nos espera, la experiencia de ver y sentir el paso del tiempo. Pensar que todo cuanto el hombre ha hecho y hará no sirve de nada, pues tarde o temprano todo quedará destruido, es demasiado para poder soportarlo. ¿Cuál será la generación maldita en la que todo acabe? ¿la mía? ¿la de mis hijos o nietos? ¿quizás dentro de mil o millón de generaciones? ¿cuánto tiempo nos queda?

Si se piensa así, el futuro está cerrado, no hay esperanza. ¿Dónde está la liberación? Yo no sé si llegará el día de la destrucción total o no, y los nihilistas agoreros de la nada, que aparentan tanto aplomo y seguridad en lo que dicen, tampoco lo saben. Creen saberlo, lo intuyen, pero no pueden demostrarlo. En realidad, lo que hacen es deducirlo como consecuencia del pensamiento nihilista que han elegido, entre otras alternativas posibles en respuesta a cuestiones existenciales. Yo me pregunto ¿cuáles son las razones para elegir una alternativa tan pesimista?

Piensan que su elección los ha liberado. ¿Liberado de qué? ¿de qué liberación hablan? ¿será posible que entiendan la libertad, contra todo lo bueno y justo, simplemente para deshacerse de la culpa, para desentenderse de sus responsabilidades? Me parece mezquino este concepto de libertad. Dicen que si sabes lo que es bueno y justo, y los tomas como principios y valores que dirigen el comportamiento, dejas de ser libre. ¿Por qué? Los principios y valores, lo bueno y lo justo nadie me los impone, yo los tomo, los elijo libremente, los asumo con entera libertad.

En lugar de ver las cosas con pesimismo, de elegir el futuro cerrado en la nada, yo veo y elijo las cosas de modo más optimista, abriendo todo el futuro para el hombre, haciendo un hueco a la esperanza. En esto sí que hay liberación. Elijo vivir como si Dios existiese, pues si fuese cierto, todo permanecería en la existencia en lugar de disolverse en la nada.

#### 10. *La creencia religiosa.*

La creencia religiosa consiste en un **clamor desesperado** en rebeldía contra la condición humana, frente al cual Dios si existe, no puede permanecer impasible, inmutable. Es el clamor rebelde de una criatura desesperada de su condición, el clamor angustiado del sufrimiento humano, quien le **exige a Dios una respuesta**. Los animales padecen también sufrimientos intensos, pero no del mismo modo que el ser humano. Si no existiese Dios habría que crearlo, porque el clamor del sufrimiento

humano, necesita un interlocutor que le escuche. Y yo creo que Dios ha escuchado ese clamor del hombre y sale a su encuentro.

Pero Dios, en lugar de dar al hombre lo que desea, la plena felicidad paradisiaca transformando al hombre en otra cosa, no se arrepiente que la evolución haya formado una criatura como ella consciente y libre. Lo deja tal cual es en su sufrimiento, con la responsabilidad de hacer su propio mundo humano, pero al mismo tiempo ideando para él una salida. Dios cree que la criatura humana es posible, que a pesar de todo su sufrimiento vale la pena, que es una criatura valiosa. El sufrimiento de un lado y la angustia de la conciencia y decisión libre de otro, colocan al ser humano en tensión, que sólo puede contrarrestar apelando a las creencias.

En ir poco a poco desmenuzando y entendiendo el sentido de dependencia y la trascendencia de la vida, nos colocará en línea con Dios. Lo poco o lo mucho que cada persona encuentre, por sí mismo o haciendo suyo el pensamiento o creencia de los demás, aunque se haga mediante hermosas y floridas mitologías, por el pensamiento metafísico o filosófico, o por el simple sentimiento, para mí es revelación de Dios. Si alguien tiene una idea particular de Dios que difiere de otro, pues al compararlas se verá, cual tiene mayor credibilidad o es más razonable, o simplemente cual se acerca más a las expectativas personales de cada uno. Y esta credibilidad personal en una idea concreta de Dios, es revelación. Porque pienso que es Dios el que primero toma la iniciativa de poner a cada hombre en tensión, en la necesidad de hacerse preguntas, y luego le responde con lo que cada uno encuentra como creíble, con la respuesta adecuada a sus posibilidades.

Con la idea de un Dios impersonal no es posible plantear una religión, porque este concepto de Dios no pasa de un principio racional, el cual no puede responder, ni escuchar, ni actuar, no es un interlocutor válido a los problemas del hombre. Esto es precisamente lo que muchos en nuestras sociedades desean, la imposibilidad de toda religión. No niegan el misterio de la existencia, la racionalidad de lo Absoluto, pero sí se oponen con rotundidad a que exista un Dios que responda a nuestros problemas, nos escuche y tenga poder y voluntad para ayudarnos.

Yo no soy ni ateo ni agnóstico, sino que he elegido la opción de la fe en Dios personal, pues creo que Dios sí puede ayudarnos. Y puede hacerlo porque pienso que nuestro entorno y sobre todo nosotros mismos somos una realidad importante y valiosa, por encima de nuestra capacidad para describirla o entenderla. Sin Dios no hay garantía posible de que esa valoración pueda darse, pues lo que existe y en particular el hombre queda reducido a un suceso insignificante, efímero, fugaz, sin valor ni importancia. Un Dios impersonal es indiferente a la realidad humana y su entorno, ni la justifica ni le da valor alguno. Si no puede darme respuestas, entonces tengo la “obligación” de seguir buscando.

Afirmando la trascendencia y eternidad, que son las respuestas de Dios al hombre, da a la vida **sentido, valor y finalidad**, en este nuestro mundo, pero también **abre todo el futuro** en otra vida más allá de la muerte. Optar por un destino eterno, no significa renunciar a vivir la vida de aquí y ahora, sino al contrario, le da mayor importancia, peso y profundidad, dando sentido y finalidad a lo que hacemos. Por ello será más necesario, ponerse a trabajar en colaboración con aquellos que quieran construir una vida mejor para todos y así contribuir con nuestro esfuerzo, en la obra creadora de Dios.

Pero si Dios responde al hombre a sus preguntas y necesidades como yo creo, ¿no habría que preguntar la cuestión contraria?, es decir, ¿quién es el hombre para que Dios se fije en él? Quiero decir, si el hombre es ese ser vivo insignificante, efímero, fugaz, del que hemos hablado, ¿cómo es posible que Dios se preocupe de sus necesidades, le responda a sus preguntas, y no lo abandone al flujo de la vida tal como hace con las demás especies? Quizás el hombre para Dios tenga un valor o consideración diferente. Desde esta perspectiva tendremos que mirar al hombre de otra manera de la

que hemos hecho hasta aquí, lo cual haremos más adelante. (Cap.6: un Dios personal)

### 11. *Inclinar la balanza.*

Decíamos que la trascendencia y eternidad es lo que pone en tensión la vida humana, volviéndose en angustia y temor, cuando no se encuentran respuestas. Pienso que esa tensión, está agarrada en lo más profundo de la conciencia del hombre, de muchos hombres, y que es producida por Dios, como fuerza de atracción hacia sí, que tira de nosotros hacia un sentido trascendente de la vida. Podemos tratar de ocultarla, disimularla, sustituirla u olvidarla, pero siempre en algún momento imprevisto vuelve nuevamente a plantearse, tocando lo más hondo de nuestra conciencia. Tanto si decimos a Dios que no, como si le decimos que sí, desde cualquier creencia o marco religioso, nuestra respuesta tiene que reafirmarse de continuo, porque de cuando en cuando, en ocasiones de cierta importancia, se nos exige que nos definamos.

Es ahora muy frecuente encontrar a los que creen que pueden permanecer en **el medio de la balanza**, sin decantarse en un sentido u otro. Dicen que al no saber nada de la realidad, ni del futuro humano, ni del más allá, no podemos quedarnos en ninguno de los dos lados de la disyuntiva de que exista o no exista Dios. Pienso que cabe la posibilidad de no conocer nada de Dios por no haber tenido contacto con el tema religioso, o bien no se ha tenido acceso a ningún planteamiento serio de la cuestión, pero una vez planteado el problema, colocado en el punto de la opción, ya no hay marcha atrás. La respuesta es un sí o un no, no cabe la abstención.

Tal vez se puede no dar opinión, pero **no se puede vivir en el medio**. Es decir, no se puede vivir sin decidir, porque en realidad se vive en uno de los dos lados, aunque no se formule una respuesta concreta. Ser religioso implica unas ciertas prácticas específicas, si no se realizan puede que se declare como creyente, pero manifiesta una grave incoherencia. Bien no decidir, pero se vive como si Dios no existiera, centrado en los propios intereses, o bien vivir en la creencia de ciertos valores, o incluso inmersos en el misterio, o metidos en un número indefinido de supersticiones sustitutivas. La decisión no se hace explícita, pero queda implícita en la acción y en la forma de ser y pensar. Vivir sin tomar esa decisión, aunque no se haga explícita no lo veo posible.

A esos que no se deciden de modo explícito, yo les preguntaría ¿cuál es tu Dios?, dicho de otra forma ¿qué es lo que está ocupando el centro de tu vida? ¿cuáles son los objetivos finales de lo que pretendes? ¿acaso, a pesar de todo lo dicho no he logrado al menos suscitar la duda y continuas siendo pesimista, creyendo que al final no hay nada? Sí, por el contrario, intuyes que es posible que haya algo más, discutamos que es o que puede ser, pues a eso mismo me refiero cuando hablo de Dios.

Si piensas que Dios no tiene respuestas a las preguntas del hombre, es precisamente por la idea de Dios que te has forjado como impersonal, como principio absoluto. En estas condiciones Dios ni habla ni escucha ni actúa, incapaz de responder ni de ayudar. Esto es cierto para lo Absoluto Incognoscible. Pero Dios no es idéntico a lo Absoluto, por el contrario, es un concepto humano, radicalmente humano, forjado en la historia precisamente con el fin de responder al hombre las cuestiones fundamentales de su vida, llevadas a sus últimas consecuencias. Si la respuesta es el silencio, pues en este caso será personalmente para ti un Dios silencioso, si por el contrario las respuestas son como las de un parlanchín cachondo y burlesco, pues tal vez tu vida será una farsa y tu Dios un puro teatro. Si las respuestas hablan de justicia, de amor, o por el contrario de odio y venganza, de poder y sumisión pues tendrás el Dios que corresponda.

Entonces, ¿es igualmente válida cualquier idea del hombre sobre Dios?